

bría solo guardado para gozar las utilidades anexas, sin poder cumplir sus obligaciones.

Lo tercero. *La recompensa del administrador fiel.* "Os digo verdaderamente que lo pondrá sobre todo lo que posee...."

El señor que a su arribo encontrará al administrador de su casa exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, se le mostrará agradecido, le dará a entender su satisfacción, y por recompensa de su fidelidad y prudencia, lo elevará a un puesto superior y le dará la administración general de todos los bienes que posee. He aquí la recompensa que pueden dar los señores de la tierra y que pueden esperar aquellos a quienes han fiado una parte de su patrimonio. ¿Pero qué es lo que hará el Señor del cielo? ¿qué nos promete el debajo de esta figura, sino la posesión de todos sus bienes, de su reino y de sí mismo? ¡Oh recompensa bien digna de nuestros deseos, de nuestros trabajos y de nuestra posesión!

PUNTO II.

DEL ADMINISTRADOR INFIEL.

Lo primero. *Su delito.* "Mas si el tal siervo dice en su corazón: Mi señor se tarda en venir, y empézase a maltratar a los siervos, y a comer y beber, y embriagarse...."

El delito de este administrador infiel para con su señor es, de olvidarse de que tiene un señor, y que este debe volver, y de persuadirse que no volverá tan presto.... La negligencia en los ejercicios espirituales, la omisión de la oración, de la meditación, de la lección espiritual, el olvido de Dios, de la muerte, de sus sorpresas y de sus consecuencias, son la primera culpa que nosotros cometemos, y el origen de todas las demás. Vivimos como si no debiésemos morir, ó vivimos como si la muerte estuviese siempre para nosotros en la misma distancia.... El delito de este administrador infiel respecto de los otros siervos, es de maltratarlos. El que ha olvidado a Dios y la cuenta que debe dar, no sigue ya otra regla para con el prójimo, que la pasión. El uso que hace de su autoridad y de su poder es entonces una continua injusticia; sostiene, favorece, colma de bienes a aquellos que lo adulan, y después no teme inquietar, adigir, humillar y molestar de mil maneras a aquellos que le desagradan. Pero el Señor ve la injusticia que se hace a estos, oye sus gemidos, y tomará venganza de los desprecios, de los ultrajes y de los malos tratamientos que habrán recibido del administrador infiel.... Finalmente, el delito de este siervo malvado hacia sí mismo, es de abandonarse al lujo y al ocio, al juego, a la destemplanza, a la embriaguez y a la disolución, y de emplear para satisfacer sus pasiones, los bienes

que el Señor le había confiado, destinándolos a bien diferentes usos.

Lo segundo. *La infidelidad del administrador infiel.* "Vendrá el señor de este siervo el día que no espera y a la hora que no sabe."

Este señor vendrá, es inevitable su retorno, y ¡oh cuán terrible será para aquel que habrá de dar cuenta de tantos golpes! Este Señor vendrá en un día no esperado, en una edad en que se creía que no había nada que temer, en un tiempo en que se formaban todavía varios y vastos proyectos de fortuna, de placeres y de adelantamientos.... Este Señor vendrá en una hora incierta, en que nos abandonamos con mayor seguridad a lo que nos debe atraer los mas rigurosos castigos. He aquí, pues, la respuesta a la pregunta de san Pedro. Todos deben velar y estar continuamente atentos. Esta verdad va enderezada a todo el pueblo, y mas particularmente a los pastores del pueblo. ¡Ah! sería ciertamente cosa dolorosa y desgraciada, para quien debe animar a los otros a estar preparados y que muchas veces los ha exhortado, no haberse el mismo preparado y haberse dejado sorprender.

Lo tercero. *El castigo de este administrador infiel.* "Y lo separará, y pondrá su parte con los (siervos) infieles...."

Su castigo será primero ser separado para siempre de la compañía de los bienaventurados, donde hubiera ocupado un puesto distinguido entre tantos celosos pastores que han tenido parte en los trabajos y que ahora la tienen en la gloria de los primeros apóstoles.... Será después desterrado y confundido con los siervos infieles, con los malos cristianos, con los herejes, con los judíos, con los idólatras y con los demonios. ¡Ah! qué compañía para un ministro de Jesucristo, para un sucesor de los apóstoles! tendrá finalmente parte en los mismos suplicios, y aun sufrirá otros mayores en el mismo fuego, en la misma eternidad.

PUNTO III.

DIFERENCIA ENTRE LOS SIERVOS INFIELES.

Primero. *Del mas culpado.* "Y aquel siervo que conoció la voluntad de su señor y no se preparó y no hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes...."

Aquel sin duda es el mas culpado que habiendo sido admitido a la confianza del señor, estando instruido de sus designios, sabiendo sus intenciones y conociendo sus voluntades, no ha hecho de ellas caso alguno, nada ha hecho de cuanto se le había ordenado, y ha despreciado igualmente la autoridad del señor, sus recompensas y sus amenazas; por eso este será castigado con mayor

rigor y severidad. Tales eran los judíos al tiempo del Redentor en comparación de los gentiles. Estaban instruidos de la ley de Dios y bien informados de la promesa que les había hecho de enviar al mundo un Salvador, y en vez de prepararse a recibirlo, lo han crucificado.... Tales son hoy en día los cristianos comparados con los infieles.... Tales son entre los cristianos los eclesiásticos, los religiosos, las personas educadas con mayor cuidado y mejor instruidas, en comparación del pueblo grosero y poco capaz de instrucciones: con que si nos descuidamos en ejecutar la voluntad de nuestro Señor, que nos es tan manifiesta, confesémos que somos del número de los mas culpados y que nos son debidos los mas rigurosos castigos.

Segundo. *Del siervo menos culpado.* "Aquel siervo, pues, que no la conoció y ha hecho cosas dignas de castigo, recibirá pocos azotes...."

Aquel ciertamente es menos culpado que no habiendo sido admitido a los secretos de su señor y no sabiendo menudamente sus intenciones y sus voluntades, no deja de hacer cosas dignas de castigo; este será castigado, pero menos rigurosamente que el primero. Tales eran al tiempo del Redentor los gentiles en comparación de los judíos. Tales son hoy día los infieles en comparación de los cristianos. Si Jesucristo no se les ha anunciado, no serán castigados por no haberlo conocido y adorado; pero serán castigados por haber obrado contra la luz natural de su razón y de su conciencia. En su ignorancia son dignos de compasión, y este es un misterio de la profundidad de la ciencia y de la sabiduría de Dios; mas son culpables en sus desórdenes. Pero nosotros, mas favorecidos que ellos por una gracia que no hemos podido merecer y que jamás la apreciaremos como se debe, si no nos aprovechamos seremos infinitamente culpables y nuestro castigo será a proporción mas riguroso que el suyo. ¡Ah! qué desgracia para mí si después de haber recibido las luces de la fe, vienes a ser condenado con los gentiles y mil veces mas atormentado que ellos!

Tercero. *Regla general del juicio de Dios.* "Mucho se pedirá a aquel a quien mucho se ha dado, y mas pedirán a aquel a quien se le ha fiado lo mucho...."

O que se nos haya dado mucho ó que se nos haya dado poco, se nos pedirá cuenta del uso, del empleo y del provecho de todos los bienes que se nos han dado, naturales y sobrenaturales, y del tiempo que los hemos gozado. La cuenta que hemos de dar será tanto mas rigurosa cuanto mas habremos recibido.... Tal es la respuesta cumplida que dió el Salvador a la pregunta de san Pedro; respuesta que ha hecho temblar los mas grandes santos, que les ha hecho huir y esconderse cuando se trataba de elevarlos a cualquiera dignidad, y que no les permitió aceptarla sino por obediencia y por no resistir a

la voluntad de Dios; pero no sin gemir, sin temblar. ¡Ah! el que de otra manera la acepta, no penetra y no considera profundamente la cuenta rigurosa que deberá dar.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mio, qué cuenta tan terrible habré yo de daros cuando compareceré delante de vos! Tened piedad de mí: quiero desde ahora aplicarme y prepararme seriamente para vuestra venida y para que no me sorprenda. Quiero de hoy en adelante observar todos mis pasos, pesar todas mis acciones, contar todas mis palabras, para hacer un santo uso de las luces, de los talentos, de la autoridad y de todos los bienes que he recibido de vos. Amen.

MEDITACION CLXIV.

DE LA VIDA DE JESUCRISTO.

San Lázaro, c. XII, v. 49, 59.

SEGUNDA CONTINUACION DEL DISCURSO DEL REDENTOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

El divino Salvador nos instruye aquí: primero, de los efectos; segundo, del conocimiento de su venida; tercero, del juicio particular que ejercerá.

PUNTO I.

DE LOS EFECTOS DE LA VENIDA DE JESUCRISTO.

Lo primero. *Del fuego que Jesucristo ha traído sobre la tierra.* "He venido a traer fuego sobre la tierra, y qué quiero yo sino que se encienda?"

¿Qué fuego ha traído Jesucristo sobre la tierra? El fuego del amor divino para inflamar los corazones; el fuego del celo de la gloria de Dios para la conversión de los pecadores y para la santificación de las almas; y el fuego de la persecución para purificar y perfeccionar la virtud.

Primero. *El fuego del amor divino.* ¡Oh Jesús! vos habéis traído este fuego sobre la tierra; vos queréis que en ella arda, que inflame los corazones; ¿por qué, pues, está tan frío y tan lánguido mi corazón? ¿por qué no penetra dentro de él este sagrado fuego y lo consume? Vos queréis que en él se encienda; con que soy yo el que no quiero. ¡Ah, miserable! estimado mas abandonar mi corazón a mil objetos terrenos que lo envilecen, lo degradan y lo consumen, a mil amores profanos que lo corrompen, lo atormentan y lo despedazan, que dejarlo encender del amor de Dios, que

formaría su gloria, su júbilo y su felicidad. ¡Ah! reconozco mi pecado y mi necesidad. Sufrid, ¡oh Salvador mío! que hoy os ofrezca este corazón en el estado de corrupción en que se halla; sufrid que os suplique la purificación de todo lo que os puede desagradar, y que lo encendáis en aquel fuego celestial que habeis venido á traer sobre la tierra. Vos lo queréis, yo también lo quiero; sostened la voluntad que vos me inspiráis y en la que quiero morir, esto es, de ser enteramente vuestro, y la resolución en que estoy de arrancar de mi corazón todo lo que puede ser contrario á los proyectos de vuestro amor.

Segundo. *El fuego de celo.* El que no tiene este celo por el prójimo, no tiene el amor de Dios; pues ahora, ¿cómo lo ejercitamos nosotros cada uno según nuestro estado? El celo es un fuego ardiente que abrasa por todas partes, que vence todos los obstáculos, que no se disminuye ni se apaga, que crece y se fortifica continuamente.

Tercero. *El fuego de la persecución.* Si la piedad de que hacemos profesión, si el celo que ejercitamos nos acarrea persecuciones injustas, alegrémonos con ellas. Este fuego nos es necesario y es voluntad del Señor que se encienda y nos purifique; guardémosnos de buscar y procurar apartarlo con faltas á nuestras obligaciones.

Lo segundo. *Del bautismo con que fué bautizado Jesucristo.* “Pero yo tengo un bautismo con el cual debo ser bautizado. ¿Y qué pena es la mía hasta que se cumpla?...”

Primero. ¿Cuál ha sido este bautismo? El bautismo de su sangre de que fué inundado; un diluvio de dolores de todas las especies en que fué sumergido. ¡Oh Jesús! ¿cómo podemos nosotros pensar jamás en él sin quedar enternecidos y sin amaros? Segundo. ¿Por qué ha recibido él este bautismo? Por ser el primero consumido del fuego que había venido á traer sobre la tierra, y mostrarnos cómo deberemos nosotros también ser consumidos. En su pasión y en su muerte ha sido la víctima del amor que tenía á Dios su Padre, cuya ofensa quería reparar; la víctima de su celo por nosotros, que quería librar del infierno; la víctima del odio de sus enemigos, porque nos quería enseñar á padecer como él. Tercero. ¿De dónde viene esta especie de violencia que Jesucristo sufrió hasta que se cumplió este bautismo? Procedía de su amor y del ardiente deseo que tenía de cumplir su sacrificio para nuestra redención. Aquel poco tiempo que debía esperar, le parecía demasiado largo al ardor de su caridad, y esta dilación era para él un continuado suplicio. ¡Ah! ¡qué amor! ¡qué celo! ¡oh, y cuán amable es Jesús! ¿por qué no nos abramos nosotros de amor por él y de celo por su gloria?

Lo tercero. *De la división que Jesucristo ha traído sobre la tierra.* “¿Pensáis que he venido á traer paz sobre la tierra? No os digo la paz,

sino la división, porque de ahora en adelante estarán cinco en una casa divididos, tres contra dos, y dos contra tres. El padre estará dividido del hijo, y el hijo de su padre, y la madre de su hija, y la hija de la madre, la suegra de la nuera, y la nuera de la suegra...”

Los apóstoles y los cristianos de los primeros siglos fueron los víctimas de esta división. A ejemplo de Jesucristo encendidos de amor de Dios y de celo de las almas, como él debieron quedar debajo del hierro de la persecución. En la misma familia compuesta de cinco personas se vieron tres contra dos y dos contra tres, y todo esto que aquí dice el Redentor, es solamente la predicción de los hechos que encontramos en la historia. Se han acabado los tiempos de esta sanguinosa persecución. El mundo, por una maravilla inaudita, á fuerza de destrozarse cristiano se hizo él mismo cristiano, y con la sangre de los mártires se han bañado los materiales de los fundamentos de la religión porque ellos murieron. Hoy en día en el universo se profesa el cristianismo, no hay en él ya división sobre este punto. Pero el que ama á Dios y se emplea con celo por el prójimo, no se engañaría si esperase gozar una paz entera? ¡Ah! es aun necesaria la división y la separación. Deben los buenos declarar animosamente por la religión y á veces separarse también del mundo. Los malos por su parte, no dejan casi jamás de perseguir los buenos y de separarse de ellos. ¡Terrible separación que será una imagen y el principio de la que se consumará en el último día y será eterna! No nos espantemos, pues, de esta separación; no temamos que los pecadores se separen de nosotros, y si es necesario para nuestra salvación, sepárennos nosotros de ellos.

PUNTO II.

DEL CONOCIMIENTO DE LA VENIDA DE JESUCRISTO.

Lo primero. *De la aplicación de los hombres á las cosas transitorias de este mundo.* “Y decía también á las turbas: cuando habeis visto alzarse del ocaso una nube, luego decís viene tempestad, y así sucede; y cuando sopla el austro, vosotros decís, hará calor, y así sucede; hipócritas, sabéis distinguir los aspectos del cielo y de la tierra, ¿y cómo no distinguís el tiempo presente?”

Somos prudentes en los negocios temporales, somos hábiles en las cosas humanas, conocemos el cielo y la tierra en orden á los intereses ó á los divertimientos del siglo, examinamos el curso de las estrellas, anunciamos sus encuentros, pronosticamos las estaciones y otros acontecimientos, discurrimos sobre todo y nos hacemos honor de nuestra ciencia y de nuestras luces. ¡Oh y cuántos conocimientos inútiles! ¡cuántos cuidados su-

perfluos! ¡Oh hombres vanos y superficiales! ¿os ocupáis siempre en quimeras y despreciaréis siempre las verdades esenciales?”

Lo segundo. *Desolación de los hombres á las cosas de Dios.* “¿Cómo no distinguís el tiempo presente?...”

Este tiempo, para los judíos, era de la venida del Mesías. Los milagros que Jesucristo obraba, los oráculos de los profetas que en él se cumplían, la data de los acontecimientos menudamente señalada en los libros santos, la espectación en que estaban ellos mismos de la próxima venida de su Libertador, todo los conducía á reflexionar en lo que actualmente ocurría, á examinar lo que estaba escrito y á reconocer que habían llegado al término feliz de su libertad y que Jesucristo era su Salvador. Pero á nada de esto pensaban; no reconocieron el Mesías que hacían profesión de esperar, lo persiguieron y lo crucificaron... Este tiempo que nuestro Redentor nos avisa que distingamos y sobre que nos exhorta á reflexionar, es todavía para nosotros el tiempo de su primera venida, el de su gracia y su misericordia, el tiempo en que nos solicita á volvernos á él, en que nos ofrece sus méritos y el precio de nuestra redención. Este tiempo es el de nuestra vida presente. ¿Pero en qué empleamos nosotros este tiempo precioso que se nos ha dado para conocer á Dios y servirlo, para acumular tesoros de virtud y de méritos, este tiempo tan breve de cuyo uso depende la eternidad?

Lo tercero. *De la manera de reparar nuestra negligencia.* “¿Y por qué (añado Jesucristo) no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?”

En vez de ocuparnos en objetos extraños, ¡ah! volvamos los ojos á nosotros mismos. Comencemos por examinarnos, después juzguémonos con justicia, y finalmente, ejecutemos sobre nosotros mismos el justo juicio que habremos formado... ¿Conocemos á Jesucristo? ¿creemos en él? ¿estamos en su Iglesia? ¿en aquella Iglesia que con una no interrumpida sucesión sube hasta él mismo? ¿nuestra vida es conforme á nuestra fe? ¿somos justos para con Dios? ¿quisiéramos nosotros ser servidos como Dios es servido por nosotros? ¿somos justos para con el prójimo? ¿queríamos ser tratados de él como nosotros lo tratamos? ¿somos justos para con nosotros mismos? Juzguémoslo por nosotros mismos de nuestra conciencia, de nuestros recordamientos. ¡Ay de mí! soy injusto, ¡oh Señor! soy pecador y debo mas que otro alguno hacer penitencia, una penitencia que corresponda al número y á la enormidad de mis pecados. Ves aquí el justo juicio que debemos hacer y ejecutar contra nosotros mismos. En vano nos ocultamos á los hombres nuestros desórdenes, en vano nos alejamos de las sendas de la justicia; si rehusamos entrar en ellas por nosotros mismos, entraremos por fuerza obligados del justo Juez. Descubrirá nuestra hipocresía, manifestará nuestros delitos, los juzgará en su justicia y los casti-

gará con un justo suplicio, de que los habrá juzgado dignos, que será el fuego del infierno. ¡Ah! por piedad, prevengamos este terrible juicio, mientras que tengamos tiempo, recurramos á su misericordia y á la penitencia, y volvámonos á poner por nosotros mismos en el orden de su justicia.

PUNTO III.

DEL JUICIO PARTICULAR QUE EJERCITARÁ JESUCRISTO.

Jesucristo no le anuncia aquí debajo de una parábola, de que no se puede comprender bien el sentido si no se conocen todos los personajes...

“Cuando vas con tu contrario al príncipe, haz por el camino cuanto puedas para librarte de él, á fin de que no te lleve delante del juez, y el juez no te entregue en manos del ministro, y el ministro te ponga en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado aun la cosa mas mínima...”

Lo primero. *Del príncipe y de los que van á él.* Este príncipe es Dios que nos llama á su corte; todos nosotros somos los que vamos delante de él. Vamos para ser admitidos en el número de sus cortesanos y reinar eternamente con él. No es otra cosa nuestra vida que un continuado camino hacia la corte de este rey inmutable de los siglos. Cada día y cada momento en que vivimos, es un paso que damos hacia ella, sin que sepamos de modo alguno si estamos aun lejos ó si estamos ya cercanos. Pero lo que se debe considerar bien, es que nosotros vamos con nuestro adversario y que al llegar nos puede cerrar la entrada en la corte y echar por tierra todas nuestras esperanzas.

Lo segundo. *Del juez y del ejecutor.* El juez es el Hijo del Príncipe, el Hijo de Dios. El ejecutor, ó sea el ministro de la justicia, es el demonio. Es pues Jesucristo mismo el que al momento de nuestra muerte juzgará de nuestra suerte eterna. Juez iluminado á quien ninguna cosa se le escapará; juez severo que no se podrá doblegar con cosa alguna; juez poderoso á quien nadie resistirá; juez justo que dará á la virtud la recompensa que ha prometido y á los pecados el castigo con que nos ha amenazado; al pecado venial un castigo temporal y al pecado mortal un castigo eterno. ¡Ay de mí! me acerco ya al momento en que me deberé presentar á mi juez! ¿Qué será de mí, el mayor de los pecadores, deudor impotente á pagar y cubierto de mil iniquidades?

Tercero. *Del adversario.* Nuestro adversario es nuestra conciencia, es el prójimo, es el Príncipe y el mismo Juez que hemos ofendido.

En este juicio Jesucristo lo será todo juntamente, juez, testigo, acusador y el adversario ofendido. ¡Cuán terrible debe ser para los pecadores este juicio! Pero ¡oh bondad infinita de Dios! Jesús mismo nos enseña el medio de evitar el rigor. Este consiste en acomodarnos con él mientras vamos por el camino, mientras gozamos de esta vida. El mismo nos convida á esto, nos solicita, y además de esto, nos ofrece el mismo los medios de satisfacerle enteramente; su sangre, su muerte, sus méritos, sus gracias, sus sacramentos y sus misericordias. — ¡Oh hombres insensatos! ¿qué pensáis pues vosotros no queriendo aprovecharos de una oferta tan generosa, tan ventajosa, tan llena de ternura y de amor, y que sólo se dirige á abrirnos las puertas del cielo, para que luego inmediatamente después de vuestro último pasaje, podáis entrar en el sin obstáculo y recibir un juicio favorable?

PETICION Y COLOQUIO.

Hagamos la paz, ¡oh Señor! antes que yo haya de comparecer delante de vos. Voy á acusarme á vuestro ministro y purificarme en vuestra sangre. Voy á resituir á mi prójimo cuanto le debo, á reconciliarme con aquel que he ofendido ó que me ha ofendido; quiero vivir una vida casta, humilde, piadosa y paciente; quiero regular mi conducta segun las obligaciones de mi estado y los preceptos de vuestra santa ley; quiero caminar á vuestra presencia, y con vos, no como mi adversario, sino como mi Señor, á quien amo tiernamente y quiero servir con ardor, á fin de encontrar un día en vos, ¡oh Dios mío y juez mío! un mediador y un salvador. Amen.

MEDITACION CLXV.

PARABOLA DE LA HIGUERA.

S. LUC. c. XIII, v. 1, 2.

FIN DEL DISCURSO DEL REDENTOR Á LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

La justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia; primero, nos solicita por medio de efectos sensibles que Dios nos muestra; segundo, nos solicita por caminos secretos que Jesucristo nos revela.

PUNTO I.

LA JUSTICIA DE DIOS NOS SOLITA Á HACER PENITENCIA POR MEDIO DE EFECTOS SENSIBLES QUE DIOS NOS MUESTRA.

Primero. *Examinemos cuán frecuentes sean estos efectos.* “Y en el mismo tiempo vinieron algunos

á darle parte de los galileos, cuya sangre habia mezclado Pilato con los sacrificios de ellos, y les respondió, y dijo: ¿pensais que aquellos galileos fueron mas pecadores que los otros galileos, por haber padecido tales cosas? Os digo que no; pero si no habeis penitencia, perecereis todos del mismo modo. Así como tambien aquellos diez y ocho hombres sobre quienes cayó la torre cerca de Silos y los mató, ¿creceis que ellos fuesen mas deudores que todos los hombres que habitaban en Jerusalem? os digo que no; pero si no hiciereis penitencia, perecereis todos del mismo modo...”

Mientras hablaba al pueblo Jesucristo, se lo anunció que Pilato habia hecho matar en el templo de Jerusalem un cierto número de galileos que habian ido á ofrecer sus sacrificios. A la relacion de este trágico suceso, añadió Jesucristo otro é hizo memoria del que habia acaecido en la misma ciudad cuando una torre de la fuente de Silos se arruinó y aplastó con su caída diez y ocho personas. . . . ¿Cuántos accidentes semejantes han llegado á nuestra noticia, ó que han sucedido á personas particulares ó á millares de solo un golpe! Acordémonos bien de ellos y digámonos á nosotros mismos: sobre qué pues se funda la seguridad en que vivo? Lo que ha sucedido á los otros, ¿no me puede suceder á mi en cada momento? Ellos no lo esperaban mas que yo. Vivian como yo, en seguridad, y con todo eso fueron sorprendidos y murieron sin haber tenido siquiera un momento para reconocerse. ¿Pues cómo en medio de tantos peligros que me rodean, puedo determinarme á pecar? ¿cómo puedo vivir en pecado y permanecer en él un solo momento? . . . Pero dirá alguno: no muere todo el mundo de accidente. No, pero yo puedo morir en él; y qué me importa que los otros mueran diversamente, si yo puedo morir de tal muerte?

Segundo. *Observemos cuán terribles sean estos efectos.* Cuando se cuentan semejantes sucesos, cada uno discurre segun su genio. Unos hablan de una manera propia de un gentil, otra cosa no ven en esto que un concurso de causas naturales y un efecto de acaso, sin pensar que todo está subordinado y sujeto á la Providencia de Dios y que nada sucede acaso, que en todas las cosas se ejecuta la voluntad del Señor y que están llenas de equidad todos sus juicios. Otros lo consideran en una manera del todo humana, se compadecen de los que han perecido así miserablemente, piensan en la ruina de su fortuna y en la desolacion de su familia, sin pensar á su alma y á la eternidad. ¡Ay de mí! ¿en qué estado estaba entonces esta alma? ¿estaba en estado de gracia ó en estado de pecado mortal? He aquí decidida en un momento su suerte, y he aquí lo que hace temblar. ¿Y si yo hubiese perecido en su lugar, en qué estado me habria hallado? ¿Cuántas veces me he hallado en tal estado, que

PUNTO II.

LA JUSTICIA DE DIOS NOS SOLICITA Á HACER PENITENCIA POR MEDIO DE CAMINOS SECRETOS QUE JESUCRISTO NOS REVELA.

La amenaza que Jesucristo hizo al pueblo en dos palabras, la extendió en una parábola, en que nos descubre secretos importantes: “Y dijo tambien esta parábola: un hombre tenia una higuera plantada en su viña, y fué para buscar el fruto en ella y no lo halló. Y dijo al que cultivaba la viña: he aquí que ha ya tres años que vengo á buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala pues; para qué ocupa aun la tierra? Pero él respondió y le dijo: Señor, déjala aun por este año, hasta que yo la cave al rededor, y le eche estiércol, y si con esto diere fruto, bien, si no entonces la cortarás. . . .” Con esta parábola acabó su discurso el Redentor, dejando su interpretacion á la discrecion de su auditorio. Nosotros nos la debemos aplicar á nosotros mismos, y en ella encontraremos seis motivos de hacer pronta penitencia.

Primero. *Los beneficios con que Dios nos ha provido.* “Un hombre tenia una higuera plantada en su viña. . . .” Esta higuera era el pueblo judaico sobre la tierra y en medio de las naciones: Jerusalem estaba en medio del pueblo escogido, de que era la dominante y la capital. Esta higuera somos nosotros mismos ingeros en Jesucristo por el bautismo, plantados en su Iglesia por la fe, acaso asociados á su sacerdocio por el orden, acaso incorporados en algun orden santo por la profesion, admitidos en una santa casa por un favor especial; y en cualquier estado que nos hallemos, hemos estado cultivados en él con diligencia, regados con las gracias del cielo y reparados contra los escaudales y corrupcion del mundo. Nosotros nos gloriamos tambien de estos beneficios. ¿Pero pensamos alguna vez en dar gracias á aquel de quien los hemos recibidos? ¿pensamos en corresponder llevando frutos que él tiene derecho á esperar de nosotros? ¿nos persuadimos acaso que tantos beneficios no nos empeñan ni nos ponen alguna obligacion? ¿pensamos por ventura que después de haber derramado sobre nosotros con santa profesion su bondad, no ha de esperar ni ha de pedir cosa alguna de nosotros su justicia?

Segundo. *Nuestra ingratitud para con Dios.* “Y fué á buscar el fruto y no lo hayó. . . .” Tal fué el estado de la nacion judaica, tal fué el de la ingrata Jerusalem al tiempo del Mesías. ¿No es este por ventura el nuestro? ¿Esta estávil higuera no es la figura de nuestra ingratitud y de nuestra esterilidad? ¿Dónde están los frutos que hemos dado? ¿dónde están las buenas obras? ¿qué virtudes puede al presente encontrar al Señor en nosotros? ¡Ay de mí! En vez de frutos de

si me hubiese sucedido el mismo accidente, á esta hora seria perdido, seria condenado? Dios no lo ha permitido; y cuál es ahora mi reconocimiento? Estoy aun incierto de lo que me sucederá; y con todo eso, ¿cuál es mi temor, cuales son mis precauciones? ¡Ah! si alguna vez quedo sorprendido; ¿á quién echaré la culpa sino á mí mismo? ¿Y qué me quedará entonces sino una eterna desesperacion? . . . Otros finalmente discurren sobre esto en una manera supersticiosa, y este era el defecto de los judios. Se imaginaban que los que perecian de este modo eran siempre los mayores pecadores de una ciudad ó de una nacion; pero el Salvador les muestra el error. ¡Ah! no juzguemos a ninguno y temamos para nosotros. Dios con el mismo accidente castiga el impio y recompensa al justo. Todo depende del estado en que cada uno se halla, y toca á cada uno de nosotros mantener siempre nuestra conciencia en el estado en que querriamos morir.

Tercero. *Consideremos cuán instructivos son estos efectos.* No reflexionemos sobre lo que sucede á los otros, sino para sacar instruccion para nosotros mismos. Por el divino Maestro después de haber destruido el falso prejuicio del pueblo sobre estas suertes de accidentes, añadió: “Si no habeis penitencia, perecereis todos del mismo modo. . . .” Todos tendreis una misma suerte. Estas palabras eran para los judios una prediccion que por su impenitencia se cumplió bien presto, cuando toda esta pérdida nacion pereció bajo la espada de los romanos y quedó sepultada debajo de las ruinas de la ciudad y del templo de Jerusalem. ¡Oh cuántas desgracias públicas y particulares pudiera tener lejos de nosotros la penitencia! Tomemos ejemplo de los otros. Nosotros acaso somos mas culpados que ellos, y á la suya será semejante nuestra suerte. Tomemos ejemplo, por lo menos, de nosotros mismos, y si ya sentimos sobre nosotros los efectos de la cólera de Dios, démosnos prisa á pacificarlo con la penitencia y á alejar de nuestras cabezas las últimas desgracias que están ya próximas á caer sobre ellas. Si los hombres están sordos á esta voz y crecen cada dia en maldad, nosotros por lo menos estamos prontos á hacer penitencia por nosotros y por ellos. Dios perdona á las veces los culpados por respeto á los justos; pero si su justicia relampaguea y despidie sus rayos, no perderemos nosotros nuestro premio; aun cuando viniésemos á quedar envueltos en sus mismas desgracias, quedará mas pura nuestra virtud, y aun cuando quedásemos sepultados debajo de las mismas ruinas, nuestra salud eterna será nuestra recompensa.

virtud hemos producido solamente frutos de pecado.

Tercero. *La paciencia del Señor con nosotros.* "Y entonces dijo al que cultivaba la viña, he aquí que ha tres años que vengo á busear fruto de esta higuera y no le hallo..."

Corría ya el tercer año desde que Jesucristo empezó á predicar públicamente la penitencia; pero ni la nación de los judíos ni Jerusalén, su capital, habían aun empezado ni pensaban en hacerla... ¿Y nosotros? nosotros no tenemos cuidado de contarlos; pero Dios nos cuenta estos años que pasamos en ocio, en la disipación, en el olvido de nuestras obligaciones, de nuestra salud, de nuestra perfección y en una total esterilidad. Nosotros nos olvidamos de lo que debemos á Dios; pero él no se olvida: nosotros vivimos como si nada le debiéramos; pero él viene á buscar lo que le estamos debiendo. Ya ha mucho tiempo que espera que llevemos frutos dignos de todos los cuidados que ha tomado por nosotros, y ya ha mucho tiempo que nosotros defraudamos su expectación. ¡Ah! ¿dónde estaríamos si nos hubiese castigado luego que cesamos de serlo fieles? ¡Qué paciencia habernos soportado tanto tiempo! No solo tres años, veinte, treinta y acaso mas. De esto se ha lamentado el infierno, han marañado los demonios; los réprobos y muchos que eran menos culpados que nosotros, de los cuales algunos fueron nuestros cómplices, han blasfemado tambien, y nosotros ni aun nos hemos movido hasta ahora ni estamos penetrados de reconocimiento.

Cuarto. *La justicia de Dios.* "Córtales, pues; ¿para que está aun ocupando la tierra?..."

¿Dónde estábamos nosotros? ¿qué hacíamos cuando Dios pronunció contra nosotros esta sentencia? ¿de qué terror hubiéramos sido sobrecegados si hubiésemos oído estas fulminantes palabras? Soy ciertamente desgraciado! Hoy acoso ya Dios á pronunciarlas, y su justicia, cansada de mis escándalos, de mis negligencias, de mi inutilidad, está próxima á dar orden absoluta de arrancarme de un terreno que otro ocupara mas útilmente que yo, y muy cerca de cortarme de un cuerpo que deshonró, de quitarme una vocación que manchó una fe, que profanó una vida de que abusé. ¡Ah! Señor, piedad, he pecado; pero ahora comienzo, quiero volver á entrar en mí mismo y humillarme; os pido gracia, ¡oh Salvador mío!

Quinto. *La misericordia de Dios.* "Pero él le respondió y dijo: Señor, déjale estar por este año hasta que yo le cave al rededor la tierra y le eche el estiércol, y si con esto diere fruto (bien)..."

¿Quién es el que ha tenido tanto cuidado de mis intereses que ha hecho suya mi causa y que me ha patrocinado mientras que yo no pensaba á otra cosa que perderme?... ¿Sois vos, ¡oh santísima Virgen! vos, en quien yo siempre he

confiado? ¿sois vos, ¡oh santo abogado mío, oh ángel de mi guarda, oh santos míos! fundadores y protectores? ¡Oh santos del cielo, y vosotros, justos de la tierra, vosotros sois lo que todos juntos habeis empleado por mi vuestra poderosa intercesión! ¡oh Salvador de mi alma, vos sois el que con los méritos de vuestra muerte habeis calmado el justo furor de nuestro Padre! ¡oh misericordia de Jesús, vos sois la que os oponeis á la sentencia de su justicia, y habeis detenido el rayo que estaba á punto de ser arrojado sobre mi cabeza, y en vez del castigo que merecía, vos me preparais aun nuevos favores, queréis tomar nuevos cuidados de mí y me procurais nuevos medios de salud. Ahora, pues; ¿y abusaré yo aun de todo esto? ¡Ah! no lo permitais, Dios mío; sostenedme en la firme resolución en que estoy de aprovecharme de vuestras misericordias y de seros mas fiel.

Sexto. *El último término de la paciencia de Dios.* "Y si no, entonces la cortarás..."

¡Infelices judíos! no quisisteis vosotros comprender el sentido de esta parábola ni aprovechar esta último año que Jesucristo os concedía, y fuisisteis cortados del número de los fieles. Erantes sobre la tierra, sin ciudad, sin templo, sin culto, sin altar, no subsistís por otra cosa que para verificar una parte de la predicción que anunciaba el castigo preparado á vuestra impenitencia... ¡Ah! ¡cuántos otros pueblos han comprendido el sentido de esta parábola, han perdido la fe y han sido cortados del número de los fieles!

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mío! ¿quién sabe si yo mismo lo comprendo bien? ¿á qué término llegará vuestra paciencia para conmigo, después del cual ya no habrá para mí remedio? ¡Ah! acaso estoy ya muy cerca, acaso no tendré mas que este momento. Quiero de una vez concluirlo, quiero darme prisa á sacar provecho. He aquí que yo sinceramente me vuelvo á vos y desde ahora empiezo á servirlos con fervor y á emplearme para llevar los frutos que vos esperais de mí. Vos me dejais aun el derecho de esperar en vuestra bondad; ya no lo dilato mas, no quiero exponerme á la dolorosa prueba de la verdad de vuestras amenazas; soy vuestro, ¡oh Señor! por el tiempo y por la eternidad. Amen.



MEDITACION CLXVI.

MUJER ENCORVADA SANADA EN DIA DE SABADO.

S. Lúe., c. XIII, v. 10, 17.

Considérense: primero, la enfermedad de esta mujer; segundo, la sana Jesucristo; tercero, la indignación que muestra sobre este propósito el príncipe de la Sinagoga.

PUNTO I.

ENFERMEDAD DE ESTA MUJER.

"Y (Jesús) estaba enseñando en la sinagoga de ellos los sábados, cuando he aquí una mujer que ya hacia diez y ocho años tenia espíritu de enfermedad, y estaba tan encorvada, que no podía mirar hacia arriba..."

Era digno de compasión el estado de esta mujer; pero ¡ah! su enfermedad no es sino una débil imagen de lo que causa el pecado..."

Primero. *¿Cuál era el origen de esta enfermedad?* Esta enfermedad venia del demonio; ¿no vienen por ventura tambien de él todos los males de nuestra alma? ¿no seguimos nosotros los consejos de este enemigo de la salud cuando abandonamos á Dios y nos damos en presa al pecado? ¿Este solo pensamiento no debería causarnos horror y abstenernos del mal? Cuando Dios lo permite, puede el demonio obrar sobre nuestros cuerpos sin que nosotros tengamos culpa; pero si se ensañorea de nuestras almas, entonces la culpa es nuestra, nuestro el consentimiento.

Segundo. *¿Cuál era la naturaleza de esta enfermedad?* Consistía en hacerla andar toda encorvada hacia la tierra; situación igualmente penosa y humillante, de que no podía sufrir la violencia ni esconder el rubor... Tal es la situación de un alma esclava del pecado; no ve ella otra cosa que la tierra y el lodo; siempre inclinada á los bienes terrenos y entregada á los placeres infames, siente toda la indignidad de sus pecaminosos afectos, y no puede impedir que los otros echen de ver la vileza de sus sentimientos. ¡Oh deplorable estado! ¿cómo es posible que un cristiano encuentre en él su placer? ¿cómo no tememos nosotros de caer en él? ¿cómo, habiendo caído, no buscamos el modo de volvernos á levantar?

Tercero. *¿Cuál fué la duración de esta enfermedad?* Diez y ocho años... ¿Y nosotros cuánto tiempo ha que estamos en el pecado? Cuando cometemos el primer pecado, cuando damos el primer paso en el camino de la iniquidad, nos lisonjamos de no perseverar en él y de renunciarlo luego. Pero ¡oh deplorable engaño!

¡oh esperanza quimérica! se pasan insensiblemente en el pecado veinte, treinta, cuarenta años, y muchas veces toda la vida.

Cuarto. *¿Cuál fué el efecto de esta enfermedad?* Esta mujer estaba de tal suerte encorvada, que de ninguna manera podía mirar hacia arriba... Decidle á aquel pecador que alce sus ojos hacia el cielo, que vea en él un Dios liberal y magnífico que emplea su omnipotencia en llenar de bienes y de delicias las almas que le son fieles y en recompensarlas por toda la eternidad de los falsos bienes y de los vanos placeres de que se privaron por algunos momentos por su amor sobre la tierra; decidle á lo menos que considere allá arriba un Dios justo, vengador del pecado, que condenará al fuego del infierno las almas culpadas que habrán quebrantado la santidad de sus leyes. ¡Ah! no puede alzarse tan alto su vista, no ve otros bienes que los de la tierra, no apetece otros placeres que los de la carne, ni conoce otra pena que la de estar privado de ellos; fruto amarguísimo de una larga perseverancia en el pecado! Decidle á aquella alma disipada, toda llena de sí misma, entregada á su vanidad y á sus divertimientos frívolos y pecaminosos; decidle que se recoja, que ore, que medite, que recurra á Dios, que piense en él, que se ponga en su presencia; ella ignora lo que le decís, no entiende cosa alguna. No ve otra cosa que la tierra, no se ocupa en otra cosa que en la tierra, ella no puede de modo alguno mirar mas alto. Hace en vano algunos esfuerzos débiles; el hábito está ya contraído, el hábito la detiene, y entre tanto vive siempre encorvada bajo el yugo y el imperio del demonio.

PUNTO II.

LA SANA JESUCRISTO.

Primero. *Jesús la ve.* "Y habiéndola visto Jesús..." Esta mujer, no obstante su enfermedad, se fué á la asamblea para aprovecharse de la instrucción. ¡Ay de mí! se buscan frecuentemente razones poderosas para dispensarnos de asistir á ella; el menor pretexto nos basta, y muchas veces nos ausentamos aun sin pretexto alguno, por puro fastidio y por náusea, de la palabra de Dios. ¿Y cuando asistimos á ella, con qué espíritu vamos y en qué estado nos dejamos ver? Ve Jesús esta mujer, y la ve afligida, humillada, gimiendo bajo el peso de su enfermedad y llena de un vivo deseo de ser librada de ella. ¿Y á nosotros cómo nos ve? nos ve con todo el aparato de orgullo y de vanidad mundana, escandalizando al público con nuestro porte inmodesto y disipado; nos ve encorvados bajo el peso de nuestros pecados y de nuestros hábitos; estimándonos, y no temiendo otra cosa que el ser libra-

dos de ellos. ¡Ah! si queremos ser sanos, presentémonos de otra manera bien diversa á Jesucristo, comparezcamos á sus ojos humillados y consternados, conociendo nuestra enfermedad y deseando ser librados de ella.

Segundo. *Jesús la llamó.* "Ya llamó á sí..." ¿Cuál fué pues el júbilo de esta mujer afligida cuando oyó que la llamaba aquella voz llena de dulzura y de poder? ¿Con qué prontitud obedeció á tan dulce llamamiento? No teme comparecer en el miserable estado en que se halla en medio de aquella numerosa asamblea y llamar sobre sí los ojos de todos; el amor le da ánimo y la esperanza la sostiene... Ya he mucho tiempo que nos llama la misma voz. ¡Ah! ¿por qué diferimos el obedecer? ¿qué tenemos? Un momento de confusión á los pies del ministro de Jesucristo será bien recompensado con el beneficio de nuestra sanidad; que llenando de un júbilo todo celestial nuestro corazón, edificará á los que nos conocen y consolará á los que se interesan en nuestra situación.

Tercero. *Jesús la habla y la toca.* "Y le dijo: Mejor, tú estás libre de tu enfermedad; y le impuso las manos..." Imágen siempre del sacramento de la penitencia... Es también Jesucristo el que nos habla por boca de su ministro; es él el que nos impone las manos; son sus méritos los que nos vienen aplicados, su omnipotencia la que nos absuelve y nos libra del peso tiránico bajo del cual gemimos. Acercámonos pues con confianza, llevemos un corazón sincero y contrito y allí encontraremos nuestra sanidad. Si de aquí sacamos poco ó ningún provecho, la sola causa es la mala disposición con que nos presentamos.

Cuarto. *La mujer queda sana.* "É inmediatamente se enderezó y glorificaba á Dios." Sanidad pronta, perfecta, pública, estable y permanente. En el momento mismo en que Jesucristo pronunció estas palabras y le impuso las manos, la mujer se sintió sana, se alzó perfectamente derecha y sin esfuerzo; vió á su libertador, dió gracias á Dios de su milagrosa sanidad, y todo el pueblo la vió en esta situación y con ella glorificó al Señor. ¿Cuándo se verá en nosotros un cambio tan feliz? En vano nos lisonjearíamos de haber obtenido enteramente nuestra sanidad, si no se cambia nuestro exterior, si siempre es la misma nuestra conducta, si siempre tenemos vueltas las miras hacia los placeres, hacia el mundo y hacia sus vanidades; si en nosotros no se ve mayor modestia y recogimiento, mayor devoción y amor á la oración. El primer efecto de la sanidad interna del alma es la mudanza de la vida, y la primera obligación de una alma que ha sanado de sus enfermedades, es el reconocimiento para con Dios. Si hemos sanado, pues, y no hemos mudado; si sentimos nuestro corazón despegado de la tierra y elevado hacia el cielo, démosle por esto gracias á Dios y

atribuyámosle toda la gloria; pero reflexionemos que hay mucha diferencia entre la enfermedad del alma y la del cuerpo. Esta mujer enderezada por la palabra de Jesucristo, no tenía que temer que el demonio le hiciese encorvar otra vez hacia el suelo. No es así de nuestra alma: sanada una y muchas veces, está siempre sujeta á encorvarse y á envilecerse, si no imploramos continuamente el socorro de la mano omnipotente que nos ha enderezado, si continuamente no velamos y si con la gracia de Jesucristo no hacemos todos los esfuerzos para sostenernos en el feliz estado en que nos ha puesto. ¡Ay de mí, oh Dios mío! ¡qué miserable soy! Por mas resoluciones que tome, por mas atenciones que use, por mas esfuerzos que haga, me veo á cada momento encorvado hacia la tierra; se insinúan en mi corazón mil afectos terrenos y lo ocupan enteramente y casi sin que lo advierta. ¿Qué otra cosa puedo hacer en mi miseria, que de día y de noche gritar hacia vos. Sostenedme por piedad, oh Señor: alzadme, oh Señor; tened compasión de mí!

PUNTO III.

INDIGNACION DEL PRINCIPAL DE LA SINAGOGA.

Primero. *Esta cólera y esta indignacion venian con artificio.* Este principe de la Sinagoga era uno de aquellos fariseos orgullosos y celosos, á quienes hacia sombra la reputacion de Jesucristo y se desesperaban por causa de sus milagros. A ejemplo de sus concólegas, no se mostró indignado sino de la pretendida trasgresion de la ley de Dios, porque esta sanidad se habia obrado en el día de sábado. No se atrevió á estrellarse directamente contra el autor del milagro; pero se enderezó hacia el pueblo con un modo imperioso y dijo: "Hay seis días en los que conviene trabajar; en estos, pues, venid y haced que os cure y no en el día de sábado..." Se ven también en nuestros días ciertos excesivos celadores de las reglas de la penitencia, que con el celo de la religion cubren los celos que tienen de la gloria y del buen éxito de los operarios evangélicos que se emplean en la conversion de los pecadores. Aprendamos á desconfiar del celo que nos hace con tanta frecuencia condenar á los otros.

Segundo. *Esta condenacion es refutada con fuerza.* "Y respondiéndole el Señor dijo: hipócritas, ¿cualquiera de vosotros no desata el día de sábado su buey y su asno del pesebre y lo conduce á beber? Y esta hija de Abraham, atada de Satanás por diez y ocho años, no debía ser desatada de este lazo en el día de sábado..."

¡Comparacion sensible para el pueblo, pero de mucha humillacion para los fariseos orgullosos!

MEDITACION CLXVII.

PARABOLAS DEL GRANO DE MOSTAZA Y DE LA LEVADURA.

S. Lúca, c. XIII, v. 18, 21.

La ciudad ingrata á donde conduxo Jesús á pasos lentos sus discípulos por todos los lugares y granjas que se encontraban por el camino, debía bien presto hacerles ver la sangrienta muerte de su Maestro, y es cierto que justamente por disponerlos para este espectáculo de la cruz y para la vista de su muerte, le ha que estaba anexo el cumplimiento de las promesas, les puso de nuevo el Salvador delante de los ojos está agradable pintura de los progresos de la predicacion de su Evangelio, y les repite para su consuelo estas dos parábolas, que ya les habia propuesto con este mismo designio. Primero, la parábola del grano de mostaza; segundo, la parábola de la levadura.

PUNTO I.

PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA.

Lo primero. *De la atencion que pide esta parábola.* "Decia por tanto; A qué cosa es semejante el reino de Dios, y á qué lo compararé..."

Sabia muy bien el Redentor bajo qué figuras queria encubrir las verdades que anunciaba, y no tenia necesidad de buscar ni hacer esfuerzo alguno para este propósito. No habla, pues, de este modo sino para excitar la atencion de aquellos que le escuchaban y de aquellos que meditarian sus palabras... Pidámosle aquella respetuosa atencion que nos imprima en el espíritu estas grandes verdades, que las haga gustar de nuestro corazón y que penetre de ellas nuestra alma.

Lo segundo. *Del reino de Dios representado en esta parábola.* "Es semejante á un grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su huerto, y creció, y se hizo un árbol grande, y las aves del aire reposaban sobre sus ramas."

Este jardín es aquel en que fué sepultado Jesucristo, de donde salió glorioso y triunfante para ser nuestra vida, nuestra justicia y nuestra esperanza... ¿Somos nosotros de aquellas aves del cielo, de aquellas almas puras y elevadas que toman en él su reposo, que buscan en él su refugio, que encuentran en él su fuerza, y que ponen en él todas sus delicias? Este jardín es el mundo, en que Jesucristo ha puesto su Iglesia, tan débil en sus principios y ahora tan triunfante y tan extendida; ¿estamos nosotros unidos á ella, la amamos, la servimos y la edificamos?... Este jardín es nuestro corazón, en que ha sido sembrada la gracia... ¿Qué aumentos ha tenido en él? ¿ha venido á ser un árbol extendido

so! Cuando el celo y la piedad nos inspiran dureza para nuestros hermanos; cuando nos hacen menos compasivos por las almas rescatadas con el sangre de Jesucristo, que ya de mucho tiempo giran bajo la esclavitud del demonio, de lo que seriamos por unos viles animales que sirven á nuestro uso, esta es una señal no equivocada que nuestro celo es falso y de que es farisaica nuestra piedad.

Tercero. *Esta indignacion se vuelve en su confusion.* "Y mientras decia tales cosas, se avergonzaban todos sus contrarios..." Frequentemente sucede lo mismo á aquellos censores celosos de la pública devocion, cuando aparecen sin máscara su hipocresía. Tales son los efectos ordinarios de la envidia; ella nos despedaza por dentro y nos hace avergonzarse por de fuera.

Cuarto. *Esta indignacion aumenta el júbilo del pueblo y su devocion para con Jesús.* "Y todo el pueblo se deleitaba de todas las gloriosas obras que por él se hacian..." Dios permite frecuentemente que la calumnia sirva para aumentar la gloria de quien es calumniado. Si es cosa gloriosa obrar bien, es mucho mas gloriosa el obrarlo entre las contradicciones de la envidia. El pueblo y las personas de bien se ponen siempre de parte de los que son el objeto de la malignidad. La feliz simplicidad del pueblo y de las almas dadas á la piedad, les hace tomar el partido de la piedad y las conduce seguramente por el camino de la salud mientras que la pierde, y va errando de aqui para allá el doctor orgulloso.

PETICION Y COLOQUIO.

Miradme, oh Señor! con ojos de misericordia. Estoy en una estado mucho mas deplorable que esta mujer del Evangelio. No puedo de modo alguno alzar los ojos al cielo; sigo á ciegas las inclinaciones de mis deseos bajos y carnales; mi alma es tú sumergida en las cosas de la tierra y voy caminando siempre encorvado hacia ella... ¡Oh Jesús! llamadme á vos, ó haced antes bien que sea dócil á vuestra voz que me llama; tocad con vuestra gracia mi alma; enderezad mi corazón y elevado hacia los bienes eternos, para que no mire otra cosa que el cielo, de quien espero mi socorro y donde espero reinar eternamente con vos. Amen.



y fértil, en que hallemos nuestro reposo y nuestra consolación, y en que puedan también otros hallarla? ¿ó no hemos sofocado nosotros esta preciosa simiente? ¿no hemos impedido con multiplicadas infidelidades sus progresos?

Lo tercero. *Del reino del demonio representado por esta parábola en un sentido contrario.* Venido y desterrado de la tierra el demonio por medio de Jesucristo, desterrado de su Iglesia, desterrado de nuestros corazones, vuelve otra vez á restablecer en ellos su reino, opuesto al reino de Dios. El escándalo en el mundo, la herejía en la Iglesia, la pasión en un corazón, todo esto es débil en el principio, es un pequesísimo grano y casi imperceptible. Es una semilla que se esconde á la vista; pero si con tiempo no se sofoca, si se deja crecer, llega bien presto á ser un árbol que extiende bien lejos sus ramos, y donde van, no las aves del cielo, sino las sabandijas de la tierra, las serpientes del infierno, esto es, los pecados, las impiedades, las impurezas, los sacrilegios, los errores, las blasfemias, y donde van, no á tomar reposo, sino á ponerlo todo en desorden y en confusión para ejercitar allí excesos de furor y de crueldad.—Tal es la diferencia del reino de Dios y del reino del demonio; ahora, pues, ¿bajo cuál de estos dos reinos vivimos nosotros?

PUNTO III.

PARÁBOLA DE LA LEVADURA.

Lo primero. *De la atención que pide esta segunda parábola.* “Y volví á decir: ¿á qué cosa diré yo que es semejante el reino de Dios?...”

Despierta todavía el Salvador la atención de sus oyentes; despertamos la nuestra para meditar esta segunda parábola, y pidámonle la luz necesaria para comprenderla y la gracia para aprovecharnos de ella.

Lo segundo. *Del reino de Dios representado en esta parábola.* “Es semejante á la levadura que una mujer tomó y la escondió en tres medidas de harina, hasta que todo se fermentase...”

Estas tres medidas de harina son las tres partes del mundo entonces conocidas, la Asia, la Europa y la Africa. En ellas fué anunciado el Evangelio, en ellas se ha predicado la palabra de Dios y ha sido distribuido el pan eucarístico; se ha establecido el reino de Dios, y la fermentación ha producido en ellas una multitud innumerable de santos. Luego que fué descubierto el Nuevo-Mundo, esta esposa atenta á la gloria de su esposo, ha mezclado también en él esta preciosa levadura que allí ha fermentado, y el fervor de esta cuarta parte del mundo ha producido en la América las virtudes mismas del mundo antiguo.... Estas tres medidas de harina son también las tres potencias de nuestra alma, en

que la gracia, la palabra de Dios y la santa Eucaristía obran una fermentación saludable, que eleva nuestros sentidos, nuestros espíritus y nuestros corazones, que nos une á Dios, en él nos transformamos y forma de nosotros panes vivos, dignos de serle ofrecidos sobre su altar sublime y eterno. Recibamos, pues, esta divina levadura con acción de gracias, dejémosla obrar en nosotros, no interrumpamos ni enturbiamos su operación.

Lo tercero. *Del reino del demonio representado por esta parábola, en un sentido contrario.* Si la predicación del Evangelio ha sido como una preciosa levadura, que ha santificado y santifica aun las cuatro partes del mundo, ha quedado con todo eso en el mundo una levadura mala de orgullo y de concupiscentia, que mantiene en el reino del demonio y produce el pecado, la impiedad, la incredulidad, el esima y la herejía. Demos gracias á Dios por habernos hecho nacer en un estado católico, en que obra aun la divina levadura de la palabra de Dios. Pidámonle y supliquémosle por aquellas provincias que no han recibido aun esta preciosa levadura, por aquellas que la han desechado, por aquellas que la han corrompido, y temblémos por nosotros mismos. Naciendo hemos traído esta mala levadura que introduce en los corazones el reino del demonio. A esta levadura perniciosa se une la de una pasión que nace, la de un mal ejemplo, de malos libros, de malos discursos y de malas compañías. ¡Pero ahí estamos atentos y vemos sobre nosotros mismos!

PETICION Y COLOQUIO.

“Sí, ¡oh Señor! quiero aplicarme á echar lejos de mí todo lo que podría atacar mi fe, corromper mi corazón, manchar mis sentidos y empeñarme de nuevo bajo del imperio del demonio, de que por vuestra gracia me habeis librado. ¡Oh Dios mío! lo sé; para avinagrar toda la masa no se requiere mas que un poco de levadura; pero será exacta, escrupulosa y constante mi vigilancia. Sostenedla vos, ¡oh Jesús! con el precio y con los méritos de vuestra adorable sangre. Amen.”



1 Ad. Cor. c. V, v. 6, ad Galat., c. V, v. 9.

MEDITACION CLXVIII.

DEL PEQUEÑO NUMERO DE LOS QUE SE SALVAN.

San Láz., c. XIII, v. 23, 30.

Examinemos primero, lo que se debe hacer para ser de este número; segundo, las razones porque seremos excluidos de él; tercero, la desesperación de aquellos que serán excluidos.

PUNTO I.

LO QUE SE DEBE HACER PARA SER DE ESTE NÚMERO.

“Y Jesús iba enseñando por las ciudades y aldeas, y caminando hacia Jerusalem, y uno le dijo: Señor, son pocos los que se salvan?...” El divino Salvador, sin responder directamente á la pregunta sobre el grande ó sobre el pequeño número de los que se salvarán, se contentó con decir que era necesario hacer para ser de este número, y esto es lo que importa saber sobre esta materia. “Pero él (enlazando la palabra á los que la escuchaban) dijo: esfuerzos á entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos procurarán entrar y no podrán...”

Primero. *Consideremos cuál es esta puerta estrecha por la que se debe entrar en el cielo.* Esta es el Evangelio, es la fe y la ley del Evangelio. Puerta muy estrecha, porque para entrar en ella conviene humillar nuestro espíritu, abatir nuestro orgullo, contener y refrenar nuestras pasiones, nuestras inclinaciones y nuestros afectos; despojarse de todo apego á las cosas de la tierra, de nosotros mismos y de todo amor propio, para amar á Dios solo y practicar exactamente su santa ley. ¿Es esta aquella puerta por la que nos esforzamos á pasar y por la que queremos y esperamos entrar en el cielo?

Segundo. *Examinemos cuáles son los esfuerzos que se deben hacer para pasar por esta puerta.* Esfuerzos generosos, constantes y perseverantes; esfuerzos contra el demonio, el cual en cuanto le es posible nos tiene lejos de esta puerta; ahora excitando nuestras pasiones, ahora atrayéndonos con promesas lisonjeras de riquezas, de placeres, de honores que nos puede dar, y ahora apartándonos de la práctica del Evangelio con llenarnos de espanto, exagerando las dificultades y asegurándonos que es imposible; esfuerzos contra el mundo, el cual por tenernos lejos de esta puerta, nos enseña una moral cómoda y corrompida, nos propone su ejemplo y luego nos pregunta: ¿Qué, nos condenaremos todos nosotros?... Esfuerzos contra nosotros mismos, se

lamentará la naturaleza, se rebelará la carne, nuestro valor nos abandonará, todo nos dirá que caminemos por lo ancho, que una sujeción tan austera no puede durar y que no es necesaria. Pero ¡ah! no nos dejemos engañar, hagamos todos los esfuerzos, rompamos los obstáculos, y no obstante todas las contradicciones, reduzcámonos á pasar por el que se entra en el cielo: si el paso es estrecho, el término es la eterna libertad; por mas estrecho que sea este paso, el amor sabrá ensancharlo y dilatarlo y la gracia nos lo hará fácil y acomodado.

Tercero. *Observemos quiénes son aquellos que buscarán entrar y no podrán.* Si se trata de entrar por esta puerta estrecha, aquellos no podrán, que no lo procuran como es menester, y que no hacen los esfuerzos necesarios para entrar en el cielo; no podrán aquellos que buscan otro camino distinto de aquel de la puerta estrecha. Los primeros, sin hablar aquí de los infieles que no conocen la ley de Dios, son los judíos, los cuales obstinados en seguir la ley de Moisés, rehusan el conocer aquel á quien Moisés los guía y que es el fin y el cumplimiento de la ley y de los profetas.... Después con los esmáticos y herejes, que recibiendo el Evangelio de Jesucristo, lo interpretan á su modo y según su genio, rehusando someterse á la enseñanza de la Iglesia, de que rompen la unidad, mudan los dogmas y corrompen la moral.... Y finalmente, son los malos cristianos que por vivir á sus anchuras pretenden unir el mundo con el Evangelio, satisfacer sus pasiones sin quebrantar la ley; ó con una alternativa aun mas cómoda, quieren ser ahora del mundo y hacer de su vida una serie monstruosa de penitencia y de recaídas, de devoción y de pecados; ó que difieren el vivir en sujeción para Dios, cuando ya no les quedan mas días de que puedan abusar. ¡Ilusiones bien groseras! ¡oh Dios! ¿cómo es posible que tantos se dejen ofuscar de ellas? ¡Ah! hagamos sobre esto muchas mas serias reflexiones, no nos imaginemos poder pasar por esta puerta estrecha sin grandes esfuerzos, sin hacernos mucha violencia y sin conseguir muchas victorias.

PUNTO II.

RAZONES POR LAS QUE SEREMOS EXCLUIDOS DE ESTE NÚMERO.

Continuando Jesús la parábola ó sea la alegoría de la puerta estrecha, representa á Dios su Padre, ó bien á sí mismo, reinando en el cielo con los santos, bajo la idea de un padre de familia, cerrado en su casa con sus hijos y amigos, y que niega la entrada á los extraños que se la piden. Esta parábola es muy propia para disipar nuestras ilusiones y nuestros pretextos, si quere-

mo poner en ella nuestra atención, y aunque fué dicha especialmente por los judíos, es fácil extenderla á todos los pecadores, comprendiendo bajo de este nombre los judíos, los herejes y los malos católicos.

Primero. *Primera respuesta hecha á los pecadores.* "Y cuando hubiere entrado el padre de familia y cerrado la puerta: estareis fuera, y comenzareis á llamar á la puerta, diciendo: Señor, ábrenos; y él os responderá diciendo: no sé de dónde sois vosotros..."

¡Qué sorpresa para hombres que se habían lijado de caminar por el buen camino en la verdadera religión! No podrán creer que á ellos se les quiera hacer un semejante tratamiento, é insistirán.

Segundo. *Razones que alegan los pecadores.* "Entonces empezarán á decir, hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas..."

Esto es lo que primeramente podrán decir los judíos, ó á Jesucristo con quien vivieron, ó que oyeron predicar en sus públicas plazas, ó á Dios su Padre en presencia de quien comieron su porción de las víctimas que habían ofrecido sobre su altar, y cuya santa ley había sido leída, explicada y anunciada entre ellos... Los herejes le dirán también: Nosotros hemos bebido y comido en vuestra mesa, hemos recibido nuestro Evangelio y ha sido enseñado y predicado entre nosotros.

—Con mayor razón dirán también los católicos: Nosotros hemos recibido nuestra fe entera y ortodoxa, hemos participado de vuestros Sacramentos en el seno de la Iglesia fundada por vos; ¿cómo pues gritarán ellos no nos conocéis? ¿Nosotros os somos gente desconocida? ¿Cómo podeis decir que no sabeis de dónde seamos nosotros? ¡Ah! falsos pretestos, vanas razones, gritos inútiles! ¡Ay de mí! ¿esperaremos nosotros á desengañarnos en el día del juicio? ¿querremos vivir ciegos hasta la muerte y hasta que el Sumo Juez haya pronunciado la sentencia irrevocable de nuestra reprobación, la que él mismo se esfuerza prevenir con tantos y tan saludables avisos y con sensibles parábolas?

Tercero. *Ultima respuesta dada á los pecadores.* "Y os dirá, no sé de dónde seais vosotros; apartaos de mí todos los obradores de la iniquidad..."

Esta respuesta tiene dos partes. Primera "No sé de dónde seais vosotros..." Vosotros os llamais discípulos de Moisés; pero vosotros no habeis reconocido, antes habeis desechado al Moisés que Moisés os anunciaba y á quien os guiaba la ley... Vosotros sois discípulos de Calvino, Lutero, etc. Pero no son estos los pastores que yo he dado á mi Iglesia; ni los conductores que os he mandado seguir... Yo os había hecho católicos, hijos de la Iglesia, pero vosotros habeis seguido la ley del mundo y de las pasiones, con desprecio de la ley de mi Evangelio que

no cesaba de inculcaros la Iglesia: "No sé de dónde seais vosotros..." Segunda. "Apartaos de mí vosotros todos obradores de iniquidad..." La iniquidad común de los judíos es el deicidio cometido en la persona de Jesucristo, del cual participan todavía hoy en día todos los de esta nación, que perseveran en las mismas blasfemias. La iniquidad común de los herejes es de perpetuar la rebelion de sus cabezas y de participar en tal manera del atentado con que los herejarcas tuvieron la audacia de cambiar la fe de la Iglesia; han acusado de adulterio y de prostitucion la esposa de Jesucristo y han pretendido reformar la obra del Espíritu Santo. Y fuera de esta comun iniquidad, de cuantos delitos particulares se hallaran manchados aquellos hombres acérrimos secuaces y defensores de ciertos monstruosos sistemas, que dejan reinar el pecado sin freno, sin remordimientos y sin remedio: ¡Oh cuan doloroso será para un católico bien instruido, para un sacerdote, para un religioso hallarse en aquel punto tan culpado, y acaso mas que los judíos, que los herejes, y oírse decir como á estos: "Apartaos de mí vosotros todos los obradores de la iniquidad..." ¡Oh palabras terribles que yo mismo he merecido ya oír de la boca de mi Juez!

PUNTO III.

DESESPERACION DE LOS QUE SERÁN EXCLUIDOS DE ESTE NÚMERO.

Dos serán las causas y los principios de esta desesperacion de los pecadores.

La primera causa de esta desesperacion será la vista de aquellas que vivieron antes que ellos... "Allí será el llanto, y el crugir de dientes, cuando viéreis á Abraham, á Isaac y á Jacob, y á todos los profetas en el reino de Dios, y que vosotros sois echados fuera de él..."

Verán los judíos reinar en el cielo á Abraham, Isaac, Jacob y á todos los profetas, y ellos se verán excluidos, por no haber creído al hijo de Abraham, prometido á los patriarcas y anunciado por los profetas como Hijo de Dios. Dios con nosotros; Mesías y Salvador de los hombres. Verán los herejes reinar en el cielo á Pedro y á Pablo, á los apóstoles fundadores de la Iglesia y á los mártires que con su sangre han sellado la fe, y ellos se verán excluidos por haber roto la cadena que los unia con Jesucristo por la sucesion de los legítimos pastores. Los malos católicos verán reinar en el cielo á los santos que ellos han reverenciado sobre la tierra, á sus abogados, á aquellos cuyo nombre llevan, á sus fundadores cuya regla han recibido y cuyo instituto han abrazado, y ellos se verán excluidos de allí por no haber imitado sus ejemplos... Entonces habrá allí llantos, pesares y suspiros; pero ya

MEDITACION CLXIX.

RESPUESTA DE JESUCRISTO A LOS FARISEOS QUE QUERIAN ATORMENTARLO PARA HACERLO SALIR DE LA GALILEA.

San Luc, XIII, v. 31, 35.

Consideremos: primero, la firmeza de Jesús; segundo, su compasion para con Jerusalem, tercero, sus amenazas y sus predicciones contra aquella ciudad ingrata.

PUNTO I.

FIRMEZA DE JESÚS.

"El mismo día se llegaron á él algunos fariseos diciendo: sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar. Y les dijo: id y decid á aquella zorra: mira que yo echo los demonios y obro perfectas sanidades hoy y mañana, y al día tercero soy consumado; pero es necesario que yo ande hoy y mañana y el día siguiente, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalen..."

Lo primero. *La firmeza de Jesús se muestra en el carácter que pinta de Herodes.* Algunas veces deseaba Herodes ver á Jesucristo por satisfacer su curiosidad; otras habria querido hacerlo morir para abolir enteramente la memoria de Juan Bautista; pero por otra parte temia irritar al pueblo con este nuevo delito: la politica tenia sujetos á sí todos los sentimientos de su corazón y animaba todas sus acciones. Pero esta politica que se admiraba en este príncipe y por la que sabia captarse tambien el espíritu de los judíos y conciliarse el favor de los romanos para aprovecharse de todo y conducirlos todo a sus fines y á sus intereses, esta grande politica no era al juicio del Hijo de Dios sino una cobardía de espíritu y una bajeza de sentimientos que lo degradaban de la nobleza de hombre y lo bajaban a la condicion de un vil animal llevado por instinto á la situacion... Con estos ojos mira el sumo Juez á los potentados que gobiernan el mundo y que manejan los negocios mas importantes del Estado con la mayor cautela, si no ponen por base de su politica y de su sabiduría la religion, la verdad y la justicia. En todas las condiciones se hallan personas que tienen á honra esta vil asercion, que solo tiene en mira el propio interés, y se cree sabia cuando sabe llegar á su fin, sea el que fuere el camino por donde va él. ¡Ah! ¡detestemos un semejante carácter; sin ser estultos podemos obrar con candor y sinceridad: este camino conduce mas seguramente al término que

1 San Luc, c. XXIII, v. 31.

no habrá mas tiempo. Entonces habrá allí solamente crugir de dientes, rabia, furor y desesperacion; pero todo inútil.

La segunda causa de esta desesperacion será la vista de aquellas que con ellos han creído y los que vivieron después. "Y vendrá gente del Oriente y del Setentrion, y del Medioidia, y se pondrá a la mesa en el reino de Dios..."

Los judíos verán los gentiles, que ni conocian á Moisés, ni a los profetas, y que reconocieron á Moisés y á Jesucristo Hijo de Dios; los verá venir en tropas de las cuatro partes del mundo y sentarse en el convite eterno del reino de Dios, del cual ellos mismos serán excluidos... Los herejes tambien verán naciones idólatras y salvajes, que habrán abrazado la fe católica, abandonada por ellos mismos, y que entraron en la Iglesia de que ellos habian salido. Los malos católicos verán allí los nuevos convertidos; los sacerdotes verán allí a los legos, los religiosos verán a los seculares; los ricos verán a los pobres; los reyes verán a sus súbditos; los señores verán a sus criados sentados en el convite celestial, y ellos serán de él excluidos. ¡Ah! ¡Quién podrá concebir la amargura del dolor y de la desesperacion que causara una tal vista en el corazón de los réprobos!

Conclusion. "Y he aquí, que son últimos los que serán primeros, y son primeros los que serán últimos..."

¡Oh terrible cambio, catástrofe sorprendente! ¿Quién no temera, quién no temblará? No nos fiamos, pues, de nuestra clase, ni de nuestra luz, ni de las gracias que háyamos recibido, ni de las rentajas de nuestro estado. Si no servimos a Dios con fervor, si no nos esforzamos para entrar por la puerta estrecha, acaso veremos aquel pecador un día convertido, aquella persona baja, pero mas furorosa que nosotros, la veremos acaso en el primer orden y admitida en el cielo, y nosotros al fin sumergidos en el infierno, presa de aquellas penas y en una eterna desesperacion.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! lejos de mí, ¡oh Señor! una tal desventura. Conozco vuestras misericordias, ¡oh Dios! vos me advertís aquí el rigor de vuestros juicios para animarnos a evitarlos. ¡Oh Jesús! detesto mi iniquidad y quiero con el socorro de vuestra gracia, que instantáneamente os pida, aplicarme a observar vuestra santa ley con tanta fidelidad, que vos podais reconocermos cuando la muerte me hará comparecer delante de vos y os pediré la entrada en vuestro santo reino. Amen.

se nos preña, y sea el que fuese el éxito, no será menos sólida y cierta la gloria en presencia de aquel que solo tiene el derecho de juzgarlo. Examinemos qué cosa es nuestra sabiduría á los ojos de aquel Juez soberano.

Lo segundo. *La firmeza de Jesucristo en declarararse resuelto á no innovar cosa alguna en el plan de sus operaciones.* No obstante el terror que las violencias de Herodes querían inspirarle, continuará á obrar con libertad, á ir y á venir donde mejor le parezca para la instrucción y alivio de los pueblos, y no saldrá de la Galilea sino en el tiempo que él mismo ha establecido y preciamiento después de tres días.... Hay apariencia con esta literal expresión ("y el día tercero soy consumado....") quisiere el Redentor aludir al fin de sus días que no estaba muy lejos. En este sentido no es necesario aplicar esta expresión á la muerte de Jesucristo, sino á su resurrección.... No es el tercero día en que sea muerto, sino resucitado; la obra de nuestra redención fue consumada igualmente que el Cristo por la resurrección, y por ella ha venido Jesús á ser el consumador de nuestra fe. Por esta firmeza de ánimo de que el divino Salvador da aquí el ejemplo á los operarios evangélicos, venía desconcertada toda la malicia de los fariseos, porque en la astucia de que nota á Herodes diciéndoles: *decide á aquellos zorra*, estaban también comprendidos ellos, aunque indirectamente. Los fariseos de Jerusalén habían formado la conjuración, como veremos bien presto, de hacer arrestar á Jesucristo el primer día de la fiesta de los tabernáculos, que estaba ya próxima. Es creíble que los fariseos de la Galilea, donde se hallaba entonces Jesucristo, informados de cuanto se trataba en Jerusalén y no pudiendo sufrir mas largo tiempo una luz que los ofuscaba ni una virtud que condenaba sus desórdenes, observasen todos los pasos de este hombre-Dios para ver si tenía la idea de ir á Jerusalén para la fiesta. El tiempo urgía ya y no reían en él disposición para el viaje. Esto es verosíblemente lo que les indujo á darle este aviso para solicitar su partida. Se inquietaron con la respuesta de Jesucristo, porque de ella conocieron que partiendo él solamente después de tres días, era difícil que pudiese llegar á Jerusalén para el primero de la fiesta, y que no hallándose allí en aquel día, se habría frustrado la conjuración, como efectivamente sucedió, según los designios del divino Salvador, que habia regulado la hora de su muerte para la fiesta de la Pascua y no para la de los tabernáculos, mucho menos solemne.... ¡Oh sabiduría eterna! qué pueden contra vos la malicia y la astucia de vuestros enemigos? Vos juzgais con sus interesados proyectos, y ejecutais como os agrada, en favor de los que os obedecen, los de-

2 San Juan, cap. VII, v. 20, 25.

signios de vuestra infinita misericordia. ¿Qué tengo yo que temer ó por qué inquietarme por los peligros que me amenazan? Estoy bajo las alas de vuestra providencia, y cumpliendo mis obligaciones nada me puede suceder sino para mi mayor provecho y por órden de vuestra infinita providencia, á la que en vida y en muerte quiero estar perfectamente sujeto.

Lo tercero. *Firmeza de Jesucristo en el encamamiento que muestra tener de los designios perversos de los fariseos.* "Porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén...." Como si les hubiese diene: en tres días, después que habré cumplido mi ministerio, no solo saldré de la Galilea como me aconsejais, sino que iré á Jerusalén como deseais, porque ya de largo tiempo la infiel Jerusalén se ha reservado el derecho de inhumar los profetas, y en este mismo lugar en que ha abierto ella siempre sus sepulcros, debo yo morir como ellos por defensa de la verdad y de la justicia.... Con estas palabras hacia ver Jesús á los fariseos que penetraba el fondo de sus corazones y que sabia cuanto se tramaba contra él en Jerusalén, y que ellos estaban también interesados en lo mismo; y les hacia observar al mismo tiempo que así como el temor de Herodes no le hacia anticipar su partida, tampoco el temor del senado de Jerusalén le impedía ir á aquella ciudad, y que ninguna impresión podía hacer en él el consejo artificioso que le daban: ¡Oh y cuán grande sois, oh Jesús! ¡oh y cuán sabio, cuán bueno y cuán generoso! No os espanta la muerte que por todas partes os amenaza. Entre tantos peligros estais firme, intrépido y animoso, no porque podais evitar la muerte, sino porque queréis sufrirla por nuestro amor. ¿Qué cosa podrá temer jamás el que solo desea morir por vos?

PUNTO II.

COMPASION DE JESUCRISTO SOBRE JERUSALEN.

Jesucristo no podia pensar en la muerte que debia sufrir, ni en Jerusalén, donde debia sufrirla, sin quedar enternecido sobre la suerte de esta ciudad ingrata.

Primero. *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalén á la vista de sus pecados.* "Jerusalén, Jerusalén, que haces morir á los profetas y apedreas á los que son enviados á tí...." Jerusalén habia ya derramado la sangre de muchos profetas, dentro de poco debia derramar la del Mesías, y después la de sus apóstoles y de sus discípulos.... Qué desventura para una ciudad donde reina un tal odio y de cuantos d-litos no se hace ella culpable! Lloremos aquí los pecados de que nosotros mismos estamos manchados: ¡Oh y cuántas instrucciones, cuántos avisos, cuántas

inspiraciones, cuántos remordimientos sofocamos para satisfacer á nuestras pasiones!

Segundo. *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalén á la vista de las gracias de que abusa.* "¿Cuántas veces quiso juntar sus hijos como el ave su nido debajo de sus alas y no quisiste?... ¿Cuántas veces nos ha llamado Dios á sí, cuántas veces ha querido Jesucristo meternos debajo de sus alas y nosotros no hemos querido! ¡Oh! y cuán poco hemos conocido en esto nuestros propios intereses! ¡Cuán feliz habria sido nuestra suerte bajo las alas de Jesús, en el recogimiento, en la oración, en la meditación de sus mandamientos y en la práctica fiel de su voluntad! Allí hubiéramos gozado nosotros una paz perfecta y una total seguridad, y en vez de esto, estamos siempre agitados de remordimientos, de inquietudes, de temores y de espanto. Bajo las alas de Jesús hubiéramos pasado nuestra vida en la inocencia y en el fervor, libres de todos los peligros, lejos de las asechanzas del demonio é inaccesibles al contagio del mundo; y en vez de esto hemos caído en mil precipicios, hemos sido el juguete de nuestros enemigos y arrastrados de los malos ejemplos. Bajo las alas de Jesús habríamos visto la muerte con ojos tranquilos y aun con júbilo, y hubiéramos estado al seguro de la cólera de Dios y de sus venganzas, y en vez de esto miramos la muerte con espanto y acaso no la veríamos acercarse sino con desesperación.

Tercero. *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalén á la vista de su reprobacion.* La sentencia de la reprobacion contiene la justificacion de Dios y la condenacion del pecador, y estas dos cosas estan comprendidas en estas dos palabras.... "He querido y no has querido...." He querido, y ¡oh cuántas veces y por cuánto tiempo y con cuántos medios! Y tú no has querido: ves aquí la justificacion de Dios.... Y lo que hace la condenacion del pecador es que pueda decirse á sí mismo: Dios ha querido darme su paraíso, Dios ha querido que yo viviese de manera de merecerlo, y ¡oh cuánto ha hecho para esto! Y yo no he querido, y yo soy el que no he querido; ¡oh furor, oh desesperación, oh pensamiento mas cruel que el fuego vivo del infierno! A nosotros toca ahora ver si queremos ó no. ¡Ah! no nos engañemos entre tanto sobre la manera con que queremos.

PUNTO III.

AMENAZAS Y PREDICCIONES DE JESUCRISTO CONTRA JERUSALEN.

Primero. *Para esta vida.* "Mirad que será dejada para vosotros desierta vuestra casa...." Este templo será demolido, Dios lo abandonará y os quitará su culto. Os servirán de sepulcro

vuestras mismas casas echadas por tierra, y vuestra ciudad destruida se reducirá á un desierto, á una soledad.... Tal es la venganza que ha tomado Dios y que toma aun de la infiel Jerusalén por haber derramado la sangre del Mesías y por no haber querido aprovecharse de ella. De esta misma manera castiga Dios también la infidelidad ó de una entera nacion quitándole el don de la fe, ó de una alma en particular, privándole de las gracias especiales de que ha abusado, dejándola como una tierra desierta y como una casa que se arruina.

Segundo. *Para la otra vida.* Cuando hablaba Jesús con sus enemigos, solia, según su costumbre, añadir la amenaza de su último juicio á la idea de su muerte, y por esto seguimos nosotros aquí el sentimiento de aquellos que aplican á este día extremo las últimas palabras de éste capítulo.... "Y os digo que no me vereis hasta tanto que suceda que digais: bendito el que viene en el nombre del Señor...." Como si les hubiese dicho: si, seguid, pues, en no quererme reconocer y en blasfemarme; hacedme también morir, apartadme de vuestros ojos, importunados de mi presencia; vendrá el día en que se doblará toda rodilla delante de mí, en que me vereis en la gloria de mi Padre, en que os vereis obligados á reconocerme y exclamar: veis allí el bendito de Dios, aquel que vino en el nombre de su Padre y en su propio nombre para juzgarnos y condenarnos. Si, vendrá este día grande en que el juicio, el impío y el pecador se verán obligados á rendir homenaje á aquel que ellos mismos han ultrajado.

Tercero. *Observaciones sobre estas últimas palabras.* "Bendito el que viene en el nombre del Señor...."

Estas palabras están tomadas del Salmo² en que por espíritu de profecía hablaba David del Mesías, y desde entonces le daba gracias por el tiempo de su venida.... Estas fueron repetidas en las aclamaciones que el pueblo hizo en la entrada triunfante de Jesucristo en la ciudad de Jerusalén,³ y el Salvador las trae aquí para aludir, no solo al salmo de donde son tomadas, sino también al pueblo que debia bien presto hacerlas resonar en las orejas de los indignos fariseos.... Las mismas endereza aquí Jesucristo á los fariseos de la Galilea antes de su entrada triunfante en Jerusalén, y les mismas repetirá después el día de su triunfo á los fariseos de Jerusalén⁴ con las mismas alusiones, en las mismas circunstancias y con el mismo fin de hacer temer la majestad de su última venida. Finalmente la Iglesia las repite en el terrible sacrificio de altar y antes de empezar el cánon de la misa.

1 Ad Theol., cap. II, v. 10, 11.

2 Psal. CXVII, v. 26.

3 San Mat., cap. XXI, v. 9.

4 San Mat., cap. XXIII, v. 39.

Repítimoslas, pues, también nosotros con toda la devoción posible y con los sentimientos de humildad y de reconocimiento que exige de nosotros tan grande beneficio.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah, sea bendito aquel que viene en el nombre del Señor! gloria en lo mas alto de los cielos! Seas para siempre bendito, ¡oh Señor! por haber venido sobre la tierra para salvarnos y por venir aun sobre este altar para nutrirnos y santificarnos! Pueda yo incesantemente bendeciros aqui en la tierra y continuar vuestras alabanzas después de aquel día terrible en que vendreis á juzgarnos! Amen.

MEDITACION CLXX.

RESPUESTA DE JESUCRISTO A SUS PARIENTES QUE QUERIAN IMPEDIRLE EL IR A JERUSALEN.

San Juan., c. VII, v. 1, 13.

Examinemos: primero, la proposición que hacen á Jesucristo sus parientes; segundo, la respuesta que Jesucristo les da; tercero, los efectos que produce la falta de Jesucristo en Jerusalem el día de la fiesta.

PUNTO I.

DE LA PROPOSICION QUE HACEN Á JESUCRISTO SUS PARIENTES.

Primero. *¿En qué lugar se la hacen?* En Galilea.... "Después de esto andaba Jesús por la Galilea porque no quería ir á la Judea, porque los judíos lo buscaban para matarle...."

Jesús iba recorriendo ya algun tiempo la Galilea, donde reinaba Herodes y donde los judíos que gobernaban en Jerusalem no tenían autoridad alguna. Se guardaba de entrar en la Judea, donde habian podido arrestarlo, porque sabia que querían hacerlo morir. No era ya el temor de la muerte el que detenia á Jesucristo en Galilea, pues deseaba morir por nosotros, sino que habia regulado el día de su sacrificio, segun la voluntad de su Padre, y no queria prevenir los momentos. Habia podido dejarse ver en la Judea y librarse de las manos de sus enemigos por medio de milagros; pero no queria servirse de este divino poder entre los judíos sino para el alivio de los miserables, y quisó mas darnos aquí ejemplos de humildad, de paciencia, de prudencia y de sumisión á la voluntad divina, que derramar milagros que no eran necesarios. Jesús, refugia-

do en la Galilea, no estaba escondido ni ocioso; recorría las ciudades y las campañas predicando y sanando en todos los lugares, y dándonos por todas partes ejemplos y pruebas de su santidad, de su caridad y de su celo. La Galilea, pues, era para Jesús un lugar de refugio, de trabajo y al mismo tiempo de persecucion. Sus parientes verosimilmente le hablaron en el mismo lugar y en el mismo día que los fariseos, que culpas para hacerlo salir de la Galilea le habian dicho entonces que Herodes quería quitarle la vida. "¡Oh Jesús, qué cruel y qué injusta persecucion se levanta contra vos! Vos edificáis, vos instruis por todas partes con un cuidado y con un celo infatigables, vos colmáis de beneficios todos los lugares por donde pasáis; con todo eso, por cualquier camino por donde enderezáis vuestros pasos, no se habla de otra cosa que de haceros morir. Ministros y discípulos de Jesucristo, ¿podéis vosotros después de esto lamentaros de las persecuciones que tan frecuentemente encontráis en el ejercicio de vuestro ministerio y en el cumplimiento de vuestras obligaciones?"

Segundo. *¿En qué ocasion los parientes de Jesucristo le hacen esta proposición?* En la ocasion de la fiesta de los tabernáculos. "Y estaba próxima la fiesta de los judíos, llamada de los Tabernáculos...." Esta fiesta, la de la Pascua y la de Pentecostés, eran las tres grandes solemnidades de los judíos: se celebraban con octava, y cuando no caían en día de sábado, tenia cada una tres días festivos, esto es, el primer día de la octava, el último y el sábado que caía en el intermedio.... El primer día tomaba simplemente el nombre de la solemnidad, y se llamaba, por ejemplo en esta solemnidad, la fiesta de los Tabernáculos, ó sea en griego, la fiesta de la cenopeya. Esta caía el día 15 del séptimo mes del año de los judíos, que para nosotros sería, cerca del principio de octubre.¹ Los otros dos días festivos, ó sea las otras dos fiestas de esta solemnidad, son notadas aquí por san Juan, esto es, la fiesta de medio y la última.² Esta solemnidad habia sido establecida en memoria de los tabernáculos ó de las tiendas, bajo las cuales habian habitado los judíos por cuarenta años en el desierto,³ y para dar gracias á Dios por haberles dado casas en la tierra de promision.... Nosotros estamos en este mundo como en un desierto, en que habitamos debajo de tiendas que no tienen firmeza, estabilidad ni duracion. ¡Ah! aspiremos continuamente á la tierra prometida del cielo, á la santa ciudad, á la Jerusalem celestial, en que será fija y eterna nuestra habitacion.

Tercero. *¿Por qué motivo los parientes de Jesucristo le hacen esta proposición?* "Sus hermanos...." Esto es, los parientes de Jesucristo,

1 Levítico, esp. XXIII, v. 34.

2 San Juan, esp. VII, v. 14, 27.

3 Levítico, esp. XXIII, v. 43.

habiendo partido de sus casas para hallarse en Jerusalem en la fiesta de los tabernáculos, y habiendo encontrado á Jesús en los confines de la Galilea.... "Dijeron por tanto á él: pártete de aqui y vete á la Judea para que tus discípulos vean también las obras que haces, porque ninguno que busque ser aclamado del público hace sus obras á escondidas; si tú haces estas cosas, date á conocer al mundo, porque ni aun sus hermanos creían en él...."

El primer motivo que hizo portarse de este modo á los parientes de Jesucristo fué la incredulidad.... No creían en él, no lo miraban como hijo de Dios y el Mesías prometido.... Los parientes son por lo ordinario los menos dispuestos á reconocer los dones de Dios, son los enemigos mas peligrosos en el negocio de la salvacion y los mas propios para dar consejos que aparten de la fe y de los caminos de Dios. El segundo motivo fué la ambicion. Aun cuando no creyesen en Jesucristo y no lo mirasen como Mesías, no podían dejar de admirar las obras maravillosas que obraba, y querían sacar de ellos algun provecho. Deseaban que fuese con ellos para que la gloria de sus obras redundase en honor suyo y se tuviese con ellos mayor atencion. Los que tienen menos fe, no son los menos atentos á aprovecharse segun las miras de su ambicion y de su interés, de los dones de Dios, en los cuales por otra parte no creen, y justamente porque no creen, tienen miras tan bajas y tan distantes del espíritu de la religion. El tercer motivo fué la seducción. La proposición que hacen á Jesucristo sus parientes para que salga de la Galilea es tan semejante á la que le habian hecho los fariseos, bien que bajo diferentes pretextos, que casi no se puede dudar que estos no se la hayan insinuado á aquellos, como mas claramente se verá en la respuesta del Salvador. Los que no tienen fe siempre se corrompen mas las unos á los otros, y por lo ordinario los mas simples son el blanco de los mas perversos. Reflexionemos á nosotros mismos. ¡Oh Jesús! ¿tengo yo firmemente en vos? ¿tengo una verdadera fe? ¿si la tuviese serían mis acciones como son? ¿tendría por ventura los discursos que tengo? ¿daria los consejos perversos que doy y que he dado hasta ahora? ¿oraria de la manera que oro?

PUNTO II.

DE LA RESPUESTA DE JESUCRISTO Á SUS PARIENTES.

Ella contiene las razones que le asisten para no ir con ellos, y hace ver á sus enemigos que conoce distintamente todos sus desiguos. Estas razones son las siguientes:

Primera. *La voluntad de Dios su Padre que*

le detiene donde se halla presentemente. "Y les dijo Jesús: no ha llegado aun para mí el tiempo; pero vuestro tiempo está siempre preparado...."

Esta es la respuesta que Jesucristo habia dado á los fariseos, diciéndoles que las funciones de su ministerio lo detienen aun por tres días. Y he aquí cómo este hombre-Dios no tiene otra regla de su conducta que la voluntad de su Padre. Los que siguen solamente su propia voluntad, están siempre dispuestos á todo lo que les puede ser de honor ó de gusto; pero no es así para el que consulta con Dios y con su deber. Jamás abandona este sus obligaciones, ó por una fácil condescendencia para con los otros, ó por satisfacer á sí mismo. Su primer pensamiento es cumplir la obra que se le ha confiado, y después consultar con Dios lo que le queda que hacer. Dichosa dependencia que pone al alma en una verdadera libertad y que hace santa la vida y la llena de buenas obras, de virtudes y de méritos.

Segunda. *El odio del mundo.* "Y sus parientes le decían: hazte conocer del mundo...." Querían decir en el gran mundo, en la capital, en Jerusalem, y Jesús les respondió.... "No puede el mundo aborreceros; pero á mí me aborrece, porque doy testimonio de él que sus obras son males...."

He aquí el motivo porque aun hoy en día aborrece el mundo las personas de bien y los operarios evangélicos que cumplen con sus obligaciones. ¡Oh! glorioso y que debe ser nuestra consolacion! ¿Y si es tal para con nosotros la disposicion del mundo, por qué iremos en busca de este mundo? ¿por qué estaremos aun deseosos de obtener sus favores, su honor y su estima? Los que el mundo no puede aborrecer son los que como él no tienen fe ó que hablan y obran como si no la tuvieran. ¡Ah! es una grande desventura el ser amados del mundo y no poder ser aborrecidos. Desventura tanto mayor, cuanto que lejos de gemir muchos en ella, se glorian y se alegran, esforzándose siempre mas para mantenerse en posesion de este favor, que al fin viene á ser la causa de nuestra condenacion.

Tercera. *La conjuracion de los judíos para arrestarlo y hacerlo morir el primer día de la solemnidad.* "Subid vosotros á esta fiesta; yo no subo á esta fiesta, porque no se ha cumplido aun mi tiempo...."

Tanto los parientes de Jesucristo cuanto los fariseos, ni le habian hablado de Jerusalem ni de la fiesta; antes parece que afectasen el no hacer mencion de ella; los unos y los otros le hablaban solamente de salir de la Galilea, y volver á entrar en la Judea. Pero respondiendo Jesucristo á los fariseos, habia hablado de Jerusalem; y respondiendo á sus parientes habla de la solemnidad que iban á celebrar en Jerusalem. ¿Por qué, pues, una tal conducta, sino porque en aquel